

ADÁN PAREDES

YOLANDA BRAVO SALDAÑA



Adán Paredes (Ciudad de México, 1961) cierra los ojos e imagina viajar en el tiempo; está ubicado al interior de una cueva o bajo el cielo estrellado; en ese momento ancestral en que el ser humano ha descubierto el fuego. Presencia por primera vez el fulgor que llevó al hombre a desarrollar el ritual que se volverá religión; que le ayudará a cocinar alimentos y a moldear el barro.

Jugar a los seis años con su balón de futbol americano acompañado de su gansa Gertrudis, era su pasión; pero también se entretenía horas enteras en los pequeños “volcanes” de tierra que dejaban las Caterpillar que trabajaban en la remodelación de calles de su colonia. Anticipaba ya en ese lúdico quehacer -amasar lodo y formar cuencos rudimentarios- su futuro. Tiempo después, entre viajes iniciáticos a ciudades y vestigios antiguos, Adán tuvo su primer trabajo en excavaciones arqueológicas, donde en

equipo, hallaron huesos de mamuts, vasijas y urnas rituales. Ese contacto con el universo antiguo lo llevaría a tomar la decisión de estudiar la carrera de Arqueología; él quería encontrarse. Un día, a sus 17 años, cuando trabajaba en el área de Salvamento arqueológico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, le entregaron para restaurar una pieza de cerámica de Huehuetéotl (divinidad del fuego entre las culturas prehispánicas). Al tenerla en sus manos su pensamiento se clarificó; el barro vibró en sus manos y los recuerdos inmemoriales que todos tenemos le señalaron el camino a seguir: debía trabajar con ese ingrediente primigenio.

En 1983 ingresó al Centro de Invención Permanente A.C. (CI-PAC), fundado por Alfonso Arau y Laura Esquivel. En ese espacio educativo daba clases de cerámica el legendario artista, Hugo X. Velázquez. Poco después se unió a otra escuela, fundamental

El ceramista de lo primigenio



para la historia de la cerámica en México, el Centro Cerámico, promovido por artistas como Ruth Beltrán, Juan Sandoval, Aurora Suárez y el ya mencionado Hugo X. Velázquez. Adán Paredes expuso sus primeras piezas en ese lugar a fines de los años ochenta. Su amigo, el matemático Guillermo Espinosa, compañero del Centro, le regaló un horno ("Horna" como él la llama), que el naciente ceramista instaló en su primer taller del sur de la Ciudad de México, de nombre Los Alacranes. Esas primeras piezas ya narran una historia de conexión con los artesanos anónimos prehispánicos, con el barro sagrado que podemos ver en urnas, cuencos, platos o vasijas. Adán comenzó a aprender a comprender a la "Horna" o "Alacrana" de tiro invertido, quemando a Cono 9; a calcular cuánto tiempo esperar para llegar al cocimiento perfec-

to. Fue una etapa que él recuerda con mucho orgullo: "Era como cortejar a una mujer; le ponía su mezcal, le regalaba flores, para que estuviera contenta la Horna y me regalara un buen resultado". Cabe decir que su experiencia en materia técnica lo ha llevado no sólo a ser el gran artista que es sino también a asesorar a otros de la talla de Francisco Toledo.

¿Su arcilla preferida?, la Zacatecas, hallada tiempo atrás por Gerda Gruber, quien después de viajar por todo el país descubrió en ésta sus propiedades. Se trata de un barro escultórico, refractario, de grano grueso que permite hacer buenas mezclas y que al escultor le ha ayudado a generar piezas de gran formato. Puede ser cocido a 1280 grados y aguanta los 1400 sin deshacerse.

El infinito creativo en que se desenvuelve Adán Paredes contiene como se dijo, una carga atávica poderosa; la mística del ritual, sus significados y vasos comunicantes, no sólo prehispánicos sino de otras culturas antiguas, así como sus secretos se perciben en su obra, ya sea de pequeño, mediano o gran formato.

El año 2000 es para el artista una fecha importante en su trayectoria pues cambia su residencia de la Ciudad de México al estado de Oaxaca, donde ahora vive y tiene su taller Los Alacranes en Santo Domingo, Barrio Alto, ETLA. En ese año entrega un primer encargo de gran formato para un espacio residencial en el Estado de México. Se trató por primera vez de hornear cinco piezas totémicas de más de cuatro metros de altura. A partir de ese reto para el fraccionamiento Bosque Real, Paredes continuó con la labor de gran formato, mismo que el autor lleva hasta este momento con una pasión tan fulgurante como cuando detalla un pequeño vaso mezcalero.

Arriba, a la izquierda: Exposición de esculturas de Adán Paredes. Arriba, a la derecha: "Os", 1997.

En la otra página. Arriba: Adán Paredes con su obra "Malacate Textil". Abajo: "Lluvia vertebral". Exposición en el Centro Cultural Santo Domingo, de la ciudad de Oaxaca, México.

Derecha: Instalación escultórica de Adán Paredes. **Abajo:** "La Casa de las Chicatanas", 1997.

Fotos: Manuel Jiménez.



> El ritual, los dioses americanos, los sahuaros, la mujer, la lluvia, el mar y sus litorales, los cardúmenes, los espacios míticos, la migración, la congregación de entidades, el tzompantli (muro de cráneos prehispánico), las oquedades, el hábitat, el ritmo cósmico, son algunos de los temas de este artista que ha hallado en la arcilla y en la abstracción su voz.

Un caballo sin molde

Un día, un amigo y coleccionista le pide que le haga una escultura de un equino. El ceramista no hace escultura figurativa; pero es un hombre de retos, por lo que acepta e inicia un desafío de más de tres años que culminó con la creación de *Caballo Oxidante*, una portentosa escultura de tres toneladas y media (más de cuatro metros de altura) en cerámica de alta temperatura inspirada en una obra de Antoine Bourdelle. Al interior la pieza tiene un esqueleto de acero compleja y creo, un corazón hecho con polvo estelar.

El caballo fue cortado en 60 fragmentos; "dejar que se secase, pintarlo, quitarle el exceso de color, meterlo a la Horna en varias quemadas, fue algo muy complicado", comenta. Esta obra es una pieza icónica en todos los sentidos: no sólo por ser figurativa, sino por el grado de dificultad que conllevó su ejecución y hasta el mismo traslado desde Oaxaca a Avándaro, que distan 600 kilómetros.

La obra artística en cerámica de Adán también se genera para muros. El restaurante Chapulín, de la Ciudad de México, es un ejemplo donde el artista intervino en paredes y pasillos para brindar un ambiente que inspirara a degustar lo mejor de la gastronomía mexicana y que recordara uno de los más generosos

productos como lo es el cacao, semilla sagrada prehispánica. El resultado para Chapulín fue la creación de un proyecto que conlleva 14 mil piezas de distintas formas (curvas, rectas, convexas, esquineras y en escuadra), elaboradas en cerámica de alta temperatura, con cuatro diferentes tonos, las cuales, cuando uno las observa de cerca, dan la sensación de ser tablillas de chocolate.

El hacedor de vajillas

Trabajaba un día cualquiera en su taller Adán Paredes cuando recibió la llamada del chef Alejandro Ruiz, quien le avisó que lo iría a visitar con un amigo. Llegaron al poco rato y comenzaron a charlar. Adán desconocía de quien se trataba. El personaje en cuestión era Josep Roca, del Celler de Can Roca. Al ver la obra del ceramista, éste lo invita a que realice una vajilla de 800 piezas para la gira de varios meses que realizaron los hermanos por México. Así inició Adán Paredes su relación con las vajillas; después vinieron otros reconocidos chefs a pedirle que elaborara sus propias piezas. En éstas, destaca el minimalismo y esa mística generosa porque, como él señala, las piezas para contener comida no son las protagonistas, lienzos para la obra de arte que es el platillo preparado por un chef.

En sus vajillas vislumbramos detalles que evocan un mundo atávico, los ojos de Tlaloc, el oleaje o las grecas de un vestigio. La inspiración viene del universo prehispánico cifrado; decantado en goteo, como clepsidra, para que sirva de base y así ambos, plato y alimento conformen la textura visual ideal para colmar los sentidos. □